

Hombres: cuerpo, género y sexualidad

Mauricio List Reyes

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Colegio de Antropología Social

RESUMEN: *En este trabajo se hace un breve repaso de la historia del cuerpo masculino en Occidente, y la manera en que se ha dado la construcción genérica de aquél. En este sentido, se aborda la transgresión a esas normas tomando como referencia diversas obras literarias de temática gay, donde se abordan las variadas formas que ésta adopta. Lo anterior permite ver cómo se construye el cuerpo masculino en nuestra sociedad contemporánea, para arribar finalmente a la comprensión de cómo opera la construcción de la masculinidad y la identidad gay en los varones contemporáneos.*

ABSTRACT: *In this paper we present a brief review of male body's history in the West and its gendered construction. Within this context, transgression of gender norms is analyzed taking as point of reference several literary works on gay themes. This allows us to see how the male body is constructed in our present-day society, to finally arrive at an understanding of how the construction of masculinity and gay identity operates in today's males.*

PALABRAS CLAVE: *masculinidad, gay, cuerpo*

INTRODUCCIÓN

El cuerpo humano, a pesar de su presencia permanente en todos los ámbitos de nuestra vida, suele ser un gran misterio que vamos descubriendo desde que nacemos, pero que nunca acaba de develarse por completo. Sin duda existen factores culturales que vuelven aún más profundo este desconocimiento, ya no digamos del cuerpo de los otros, sino incluso del propio.

A lo largo de los siglos se han ido generando diversas concepciones del cuerpo, que poco a poco fueron estableciendo condiciones éticas y morales relacionadas con su cuidado, limpieza y protección, así como con la manera en que éste debía ser cubierto para presentarlo ante los demás, tapándolo, revistiéndolo y aislándolo, tanto del ambiente en el que se movían los sujetos como de sus prójimos.

Los atuendos utilizados en diversas épocas nos dan información sobre el sentido que se le daba al cuerpo y sobre la manera de representarlo, a partir de lo que se mostraba y lo que se cubría, de lo que se disimulaba y de lo que se hacía evidente. Podemos repasar muchos elementos que dieron sentido a los cuerpos, y permitieron que se fuera transformando su sentido sociocultural de acuerdo con cada época y lugar.

Dentro de este repaso podremos ver que en esos procesos históricos hubo factores que le fueron dando matiz a estas características a partir del género de los sujetos aludidos. En este sentido, ser hombre o mujer en las diferentes sociedades condicionó en buena medida las acciones, percepciones y usos del cuerpo, así como las maneras en que los sujetos podían interactuar con el mismo y con el otro género.

Estos cuerpos *desnaturalizados* o *enculturados* fueron adquiriendo características que les otorgaron las diversas sociedades. Una de ellas, quizá la más importante, fue que se establecieron dos categorías a partir de las cuales se organizó el mundo en *lo femenino* y *lo masculino*, asignándoles roles distintos en función de las expectativas que se formaron en torno de ellos. De ahí que se vaya tejiendo una red de significados sociales para cuerpo, género y sexualidad. Si bien cada uno de estos elementos ha tenido un peso específico distinto a lo largo del desarrollo histórico de Occidente, han estado íntimamente ligados. Así, podemos encontrar momentos en que la relación entre cuerpo y género es más evidente, y otros en los que la sexualidad en relación con el género se vuelve un asunto público; sin embargo, el tercer elemento está latente y termina por definir la relación con los otros dos.

Las sociedades produjeron relaciones jerárquicas de poder a partir de las diferencias de género, y éstas permitieron justificar una organización en la que el varón construyera o conservara una posición de control frente al otro género. En Occidente, a lo largo de los siglos, se elaboraron discursos que legitimaron esta subordinación. Durante el siglo xx el debate de sufragistas, feministas y demás luchadoras sociales que buscaban transformar esas relaciones sociales, permitió ir entendiendo ese proceso histórico y, con ello, sentar las bases para el establecimiento de una sociedad más equitativa y respetuosa de las diferencias.

No obstante lo anterior, ahí no se agotan las desigualdades sociales. Habría que inscribir allí los comportamientos sociales —justificados a partir de su naturalización al emparentarlos con los sexuales— que de manera más variada generaron categorías cuyo reconocimiento (y por tanto valoración social) se ha transformado en la sociedad occidental, pasando de ser actos respetables de los sectores sociales hegemónicos a actos descalificados en los sectores marginales. Dentro de estas categorías encontramos los comportamientos sexuales, que se fueron transformando a lo largo del tiempo, respondiendo a diversas circunstancias económicas, políticas y demográficas, entre otras, que después obtuvieron una base discursiva de orden moral, lo que contribuyó a darle validez a esas transformaciones.

Por lo anterior, en este artículo revisaremos cómo esos sujetos, distinguidos a partir de los discursos de género, provocaron el desarrollo de una sexualidad sancionada socialmente que reconocía la heterosexualidad monógama como la única manera válida de ejercerla. No obstante lo anterior, las formas trasgresoras han permanecido latentes, ocultas y clandestinas, pero también se transforman y actualizan, permeadas por los discursos genéricos y por las condiciones sociales que se presentan en el ámbito particular.

En consecuencia, haremos una revisión somera del desarrollo histórico que tuvieron en occidente los discursos sobre cuerpo, género y sexualidad, centrándonos en los aspectos relacionados con el varón. Por obvias razones de espacio, habrá muchos aspectos que apenas podemos dejar señalados, sin que ello signifique que se le otorgue una menor importancia, sino que serán motivo de futuras discusiones.

Realizaremos un análisis en relación con las sociedades contemporáneas, que nos permita explorar qué visión se tiene hoy en día dentro de las ciencias sociales, y cuál es la perspectiva de estos estudios, para poder no sólo conocer, sino entender y respetar las formas diversas de ejercicio de la sexualidad, sin que esto vaya en detrimento de la construcción identitaria del género. Específicamente nos interesa observar en este proceso cuál fue el papel asignado a los hombres que tienen sexo con hombres como paso previo a la construcción de una identidad gay. Nuestro recorrido, si bien nos lleva por un tránsito relámpago por Occidente, se quiere detener en el último siglo en el que hemos encontrado algunas referencias literarias que, cruzadas con las escasas referencias históricas que se tienen nos hablan de un siglo en el que las preguntas, los cuestionamientos sobre esta identidad que se fue construyendo a partir de una preferencia sexual, se han mantenido latentes intentando comprender el sentido que Occidente les ha dado y las distintas formas estratégicas en que los sujetos han enfrentado la intolerancia y la discriminación.

BREVE HISTORIA DEL CUERPO MASCULINO

Hablar de la construcción cultural de los cuerpos resulta en extremo sugerente para el planteamiento que desarrollaremos en el presente apartado, en relación con la manera en que las sociedades occidentales han construido la masculinidad. El cuerpo, a pesar de haber sido definido desde su materialidad, es difícil de conceptualizar. Desde que Descartes habló de la separación cuerpo-alma como dos entidades aisladas, la comprensión del cuerpo en Occidente ha resultado compleja.

En el proceso de tratar de explicar la existencia y el sentido del cuerpo, diversos autores se han referido a los cuerpos como entidades que requieren ser analizadas a partir de los sentidos que adquieren desde distintas perspectivas

filosóficas. Por ello algunos autores parten de la idea de que para entender los cuerpos es preciso abordarlos de manera separada, de acuerdo con las maneras que se les puede dar en distintos contextos.

Así, las sociedades han tenido la necesidad generar discursos sobre los cuerpos masculino y femenino, es decir, de esculpirlos desde el género, obteniendo de una masa informe, un sujeto normalizado y enculturado, a partir de los presupuestos, la cosmovisión y el sistema de valores del grupo social en cuestión.

Es importante aclarar que desde el punto de vista que se presenta, no nos referimos a los cuerpos de manera atemporal o universal. Consideramos que los cuerpos se construyen histórica y culturalmente, y que responden a las necesidades, ideas, pensamientos e imaginarios de una sociedad en particular.

Las sociedades humanas, en su desarrollo histórico, fueron construyendo imágenes o representaciones de los cuerpos masculino y femenino, sea a través de metonimias (y ello nos lleva a mencionar la multiplicidad de representaciones fálicas o las femeninas asociadas con la fecundidad) o de una variedad de imágenes que fueron desde las pinturas rupestres (que en su sencillez no siempre permiten adivinar claramente los detalles), hasta las más perfectas representaciones a través de la escultura y la pintura de los ideales estéticos femenino y masculino de las épocas y culturas de las cuales el Occidente actual es heredero.

De todas esas representaciones surgieron también las imágenes religiosas en las que se recogieron esos ideales estéticos (como símbolos de perfección de la divinidad) aunque después se dijera que esas divinidades habían creado al hombre a su imagen y semejanza.

Si revisamos los textos más antiguos de diversas tradiciones religiosas y filosóficas de Occidente, encontraremos sin lugar a dudas referencias a los orígenes del hombre como especie y, por tanto, de su cuerpo. Éste ha sido percibido de diferentes maneras, y no necesariamente en el sentido binario que plantea el género en la actualidad, sino respondiendo a los condicionamientos que en su momento ha establecido cada sociedad.

En este sentido, podemos rastrear desde épocas muy antiguas referencias a la comprensión de los cuerpos y el sentido y valor que se le daba. Estos significados atravesaban muchas concepciones que se tenían sobre el ser humano. Una de las más antiguas se refiere, por ejemplo, al sentido ritual con que eran conservados los cuerpos en el antiguo Egipto, tratando de evitar su corrupción.

El cuerpo, como muchos otros elementos considerados, parte del cosmos, de la naturaleza, del entorno, resultaba entonces un misterio; si no era posible comprenderlo, al menos había que darle un sentido que permitiera integrarlo en la explicación que daban las diversas sociedades al universo.

Entre las tradiciones que nos tocan más de cerca como antecedente de las sociedades occidentales, destaca, sin duda la de Grecia antigua, en donde muchos

grandes pensadores especularon acerca del hombre. Ese sistema de pensamiento sirvió de base para que sus herederos, en la Edad Media y en el Renacimiento, continuaran discutiendo muchos temas planteados varios siglos antes.

Laqueur, en un interesante estudio [1994], plantea una discusión que permitirá pensar en términos culturales las diferencias entre los cuerpos, basado en la anatomía de los sexos. Así, al analizar los discursos tanto de Aristóteles como de Galeno, nos da elementos para entender los argumentos en que se planteaba el modelo de sexo único, y desde el cual podían partir las diferencias entre ambos.

Es curioso que un modelo así nos lleve de nuevo a la idea de que los cuerpos tienen un origen común; en este sentido, la discusión que se plantea se hace desde un discurso “científico”, a partir de los conocimientos de anatomía y de su interpretación en cada momento histórico.

Esto tiene sentido al momento de tratar de asignar o justificar el papel cultural de los cuerpos, y a partir de él los roles desempeñados por los géneros. De hecho, si bien los planteamientos producidos en este sentido no se mantuvieron fijos a lo largo de la historia, sí conservaron su sentido al tratar de hallar las diferencias entre los sexos y darle sentido a la inequidad “inherente a ellos”.

El modelo de sexo único desarrollado por Aristóteles y Galeno, aún estando separados por varios siglos, pretende justificar una jerarquía basada en el origen de los cuerpos, estableciendo diferencias cualitativas a partir de las características que se les asignó a cada uno de ellos. Desde esta perspectiva, las diferencias entre los sexos están dadas por la disposición de los órganos sexuales, que están invertidos en el cuerpo femenino con relación al masculino. Las consecuencias de esta visión iban más allá de la simple diferencia. Dicha disposición orgánica se consideraba producto de un menor calor corporal en el caso de la mujer, lo que a su vez la hacía imperfecta en relación con el hombre.

Sennett hace referencia a este asunto cuando, al analizar a la sociedad ateniense, señala que:

El calor del cuerpo era la clave de la fisiología humana: quienes concentraban y dominaban su calor corporal no tenían necesidad de ropa. Además, el cuerpo caliente era más reactivo, más febril que un cuerpo frío e inactivo. Los cuerpos calientes eran fuertes y poseían el calor tanto para actuar como para reaccionar [Sennett, 1997:36].

Así, el autor señala la enorme importancia dada a los cuerpos en la Grecia antigua, lo cual ya hemos visto en las referencias a Aristóteles y al hacer el análisis de la relación entre cuerpo y ciudad, explica la manera en que los cuerpos masculinos eran educados, moldeados y preparados para la vida como ciudadanos. A partir de la teoría del calor corporal se establecían reglas de dominio y subordinación para las mujeres, los esclavos, etcétera. Aún más, los

cuerpos masculinos eran adiestrados, por lo que se reconocía la necesidad de ejercitarlos, de darles una fortaleza semejante a la que requería el intelecto para la participación en los debates: el sujeto debía estar en las mejores condiciones para participar en la vida pública.

De modo que se reconocía la diferencia entre los sexos de una manera más bien cuantitativa (con relación al calor corporal), y ello estatuiría condiciones según las cuales las mujeres no tendrían posibilidad de equipararse con los hombres en condiciones corrientes, sino únicamente si éstas se volvían más calientes, perdiendo los rasgos específicos de la feminidad. Así, una vez aceptadas las diferencias, y con ello su origen, fue posible recurrir en diversos momentos de la historia a estos argumentos y, con ello, conservar viva la justificación en tradiciones culturales posteriores.

Esto a su vez tuvo otras consecuencias relacionadas con el papel de los sujetos en la sociedad: una pequeña élite de varones se encontraba en una condición por encima del resto, lo cual generaba la necesidad de establecer relaciones sociales con sus iguales, los que derivaron en otras distintas. En este sentido, las relaciones afectivas y sexuales entre varones tendrían el sentido de poner en comunión a hombres libres que habían cultivado el cuerpo y el discurso en el gimnasio, donde se establecían las relaciones entre *erastés* y *eromenos*:

En este punto, el código sexual dictaba que no hubiera penetración por ningún orificio, ni felación ni relación anal. El muchacho y el hombre se ponían el pene del otro entre los muslos, frotándolo y masajeándolo. Se pensaba que ese frotamiento elevaba el calor corporal de los amantes y ese calor que sentían en la fricción corporal, más que la eyaculación, era el foco de la experiencia sexual entre dos varones [*ibid.*:51].

De este modo, cuerpo, sexualidad y género se vieron entrelazados en la construcción cultural de Occidente, y con ello se mezclaron aspectos cuyo sentido se basó en un orden “natural”, para con ello construir discursos ordenadores que le dieran a cada uno su lugar en la sociedad y, por tanto, quedarán claras las relaciones de subordinación entre ellos. El modelo unisexo permaneció vigente por siglos, y ello poco tiene que ver con la anatomía. *No se trataba de lo que se veía sino de cómo se le interpretaba.*

En este sentido, el modelo unisexo interpretó la anatomía como inversa: hombres y mujeres compartían los mismos órganos que simplemente se encontraban acomodados de manera inversa. Así, pene y testículos tenían una correspondencia *vis a vis* en el cuerpo femenino, lo cual permitía que, de paso, se justificara la idea de la imperfección femenina. Fue así hasta que Vesalio hizo una nueva interpretación a esa anatomía, a partir de la cual se pudo transitar en la vía de los dos sexos en el siglo xvi.

En Occidente el cuerpo ha pasado por diversas concepciones que entienden su relación con el sujeto de maneras diversas, pero quizá uno de los momentos cruciales de ello fue el tránsito hacia la modernidad y, con ello, la escisión cartesiana de los cuerpos que los separó del espíritu, logrando crear esa distancia con la conciencia del individuo.

Paul Valery habla de tres cuerpos en ese proceso de distanciamiento de nuestro lado material, y cada uno de ellos tiene un sentido distinto para nosotros y para nuestro entorno. Por supuesto, la idea de los cuerpos múltiples ha sido planteada de diferentes formas, y existen ideas distintas que pueden referirse a cuatro, cinco o más cuerpos, pero que básicamente nos hablan de este distanciamiento con el elemento físico que nos constituye.

Simplemente para clarificar la idea, citando al propio Valery, diremos que para él, el primero es:

[el] objeto privilegiado que nos encontramos a cada instante, aunque el conocimiento que tenemos de él pueda ser muy variable y se halle sujeto a ilusiones [...] Todo el mundo llama a ese objeto Mi-cuerpo; pero nosotros no le damos ningún nombre en nosotros mismos [y el segundo] es el que nos ven los demás y el que nos devuelve, más o menos, el espejo y los retratos [y el tercero] sólo tiene unidad en nuestro pensamiento, puesto que sólo se le conoce cuando se lo divide y trocea. Conocerlo es haberlo reducido a trozos, a jirones [Valery, 1991:338-340].

Este modelo de lo corporal sólo es posible en la medida en que hemos dejado de *ser* un cuerpo para *tener* un cuerpo, el cual es evidenciado como esa parte de nosotros mismos que, debido a su materialidad, es algo que debemos conservar y cuidar. La idea es tan fuerte que desde distintos géneros artísticos se ha recreado hasta el infinito en escenas que se plantean la posibilidad de intercambiar el cuerpo con alguien, de poseer el cuerpo de otra persona e inclusive de usarlo como un atuendo (que hay que mantener bien conservado para no estropearlo).

Para David Le Bretón el cuerpo moderno implica la ruptura con el otro y con el cosmos.

Un nuevo imaginario del cuerpo surgió en los años sesenta. El hombre occidental descubre que tiene cuerpo y la noticia se difunde y genera discursos y prácticas marcados con el aura de los medios masivos de comunicación. El dualismo contemporáneo opone el hombre y el cuerpo. Las aventuras modernas del hombre y de su doble hicieron del cuerpo una especie de *alter ego*. Lugar privilegiado del bienestar (la forma), del buen parecer (las formas *body-building*, cosméticos, productos dietéticos, etc.), pasión por el esfuerzo (maratón jogging, windsurf) o por el riesgo (andinismo, "la aventura", etc.) La preocupación moderna por el cuerpo, en nuestra "humanidad sentada", es un inductor incansable de imaginario y de prácticas. "Factor de individualización", el cuerpo duplica los signos de distinción, es un valor [1995:9].

Volviendo a la preocupación de este apartado, hemos visto cómo el cuerpo no puede ser entendido en sí mismo, sino en relación con otros aspectos importantes para el desarrollo de las ideas que sobre éste se fueron haciendo a lo largo de la historia. Cuerpo, género y sexualidad en las sociedades occidentales fueron dándole sentido a la organización social y a la propia perspectiva que los individuos tenían de sí mismos.

El cristianismo formó su propio mito sobre los cuerpos y lo alimentó a lo largo de muchos siglos: en el Antiguo Testamento, como en otras tradiciones, otorgó distintos orígenes a los cuerpos masculino y femenino, pero también reaparece la referencia al sexo único, y los argumentos vuelven a establecer una diferencia jerárquica entre los géneros, siendo el masculino no sólo el que detenta una posición de superioridad, sino que es considerado el origen del cuerpo femenino.

De esta idea se derivan infinidad de discursos y argumentos que, siguiendo esta lógica, nos hablan no sólo del origen divino de los cuerpos, sino también de las consecuencias en la relación entre ambos, que en última instancia, desde una perspectiva de género, plantea una relación de subordinación.

Es por demás conocido el pasaje en que se establecen y justifican las condiciones jerárquicas entre los géneros, que durante siglos hallaron allí su sustento:

Formó, pues, Jehová Dios al hombre del polvo de la tierra, y alentó en su nariz sople de vida, y fue el hombre en alma viviente [Gn 2, 6].

Y Jehová Dios hizo caer sueño sobre Adán, y se quedó dormido: entonces tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar; y de la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y trájola al hombre [Gn 2, 21].

El cristianismo, como otras tradiciones religiosas principalmente en Occidente, dio la pauta para que se construyeran discursos que establecieran el orden de los géneros. Estos discursos establecieron el papel de los sujetos en la sociedad en general y el papel subordinado que la mujer debía mantener.

GÉNERO Y SEXUALIDAD: DE LA NORMA A LA TRANSGRESIÓN

Como hemos dicho, las ideas y los discursos respecto de este tema no se mantuvieron estáticos a lo largo de la historia, sino que se volvieron paulatinamente más complejos en la medida en que las sociedades también fueron cambiando. Sin embargo, las premisas de las que se partía eran básicamente las mismas, y por ello se conservaron también los discursos.

El siglo XIX tiene especial importancia para el estudio que aquí nos interesa. En ese momento se reconfigura el conocimiento respecto del cuerpo y la sexualidad. Para entonces el *conocimiento científico* adquirió una nueva significación y,

por tanto, los conocimientos naturalista y médico cobraron un nuevo estatus que sustituyó (aunque no definitivamente), al discurso religioso, particularmente al cristiano, en los temas señalados.

Foucault realiza una extraordinaria revisión de ese momento cuando nos habla de la construcción de lo que él llama una *scientia sexualis*, de la que dice:

Todo a lo largo del siglo XIX, el sexo parece inscribirse en dos registros de saber muy distintos: una biología de la reproducción que se desarrolló de modo continuo según una normatividad científica general, y una medicina del sexo que obedeció a muy otras reglas de formación [...] En la diferencia entre fisiología de la reproducción y la medicina de la sexualidad habría que ver otra cosa (y más) que un progreso científico desigual o una desnivelación en las formas de la racionalidad; la primera dependería de esa inmensa voluntad de saber que en Occidente sostuvo la institución del discurso científico; la segunda, de una obstinada voluntad de no saber [Foucault, 1991:69].

Vemos entonces que se da un tránsito entre los discursos, a partir de todo un desarrollo del pensamiento en Occidente, que va de considerar esencial el aspecto ético-religioso, a otro en el que prevalece el discurso científico, y a partir del cual se construirán en adelante los saberes en los que Occidente sustentará la validez de su discurso, poniéndolo por encima de cualquier otra opinión.

El discurso científico trascendió muchos ámbitos del saber y pretendió incursionar en algunos que reconoció como interesantes. Específicamente el de la sexualidad fue adoptado por la ciencia médica, y se dispuso a ordenar los diversos ámbitos que a ella concernían, generando una suerte de código en el que se fueron clasificando las prácticas en dos categorías principales: sanas (cuyo concepto de salud se establece a partir de una concordancia entre el sujeto y la sociedad en la que vive); y las patológicas (que también podemos llamar heterodoxas), que respondían al deseo y fantasía de sus practicantes, pero que se salían del modelo hegemónico, de las cuales podemos encontrar diversos ejemplos en el famoso trabajo de Richard von Krafft-Ebing titulado *Psychopatía sexualis* [2000 (1886)]¹ en el que hace un interesante catálogo de esas “heterodoxias” en el campo de la sexualidad, que se desviaban de la “normalidad” sexual y que se atrevían a ir más allá del coito heterosexual.

A partir de su nominación, estas ideas generaron una amplia variedad de categorías sexuales que definieron a un número semejante de transgresores, aunque en este caso se les vea más como patologías que como pecados o abominaciones (como las denominó el discurso religioso), por salirse de la norma reproductiva del matrimonio.

¹ “Richard von Krafft-Ebing fue un pionero de la sexología y la medicina forense. Inventó términos como sadismo y masoquismo e ideó una clasificación de las fijaciones sexuales o parafilias” (tomado de la portada del libro).

Por supuesto, las miradas en torno al género y la sexualidad se fueron transformando poco a poco, respondiendo a muchas condiciones socioculturales. De hecho gracias a que trascendieron muchos ámbitos de la vida social es posible que se vayan incorporando dentro del imaginario colectivo y, por tanto, que se asuman como parte del sistema de pensamiento de la sociedad en cuestión. En este sentido, me parece sugerente mostrar un fragmento de una obra que resulta, además de interesante, poco corriente para su momento.²

En *Bom-Crioulo* la situación planteada y las frases dichas, para finales del siglo XIX resultaban hasta chocantes, pues sugerían no sólo la posibilidad de la existencia de la pasión de un hombre hacia otro, sino además que esto se daba en un ambiente varonil entre sujetos viriles, donde el deseo sexual y su consumación son planteados explícitamente:

Su amistad con el grumete había nacido, por otra parte, como nacen todos los grandes afectos, inesperadamente, sin antecedentes de ninguna clase, en el momento fatal en que sus ojos se fijaron en él por vez primera. Ese movimiento indefinible que asalta al mismo tiempo a dos naturalezas de sexos contrarios determinando el deseo fisiológico de la posesión mutua; esa atracción animal que hace al hombre esclavo de la mujer y que en todas las especies impulsa al macho hacia la hembra, la sintió Bom-Crioulo irresistiblemente al cruzar la mirada por primera vez con el pequeño grumete. Nunca había experimentado cosa semejante, nunca algún hombre o mujer alguna le habían producido impresión tan extraña desde que tenía uso de razón. Mientras tanto, lo cierto era que el pequeño, un niño de quince años, estremecía su alma entera, dominándola, cautivándola de inmediato, como la fuerza magnética de un imán [Caminha, 1987:51].

Sin duda alguna la obra de Adolfo Caminha, aparecida en 1895, es de los primeros relatos en que se ven dos hombres involucrados en una relación amorosa. En esta historia el escritor brasileño pone en juego un elemento que hasta ese momento había sido rechazado, el encuentro sexual entre dos varones movidos por el deseo y el sentimiento amoroso. El relato va más allá y describe el sentimiento apasionado de Bom-Crioulo, el personaje principal, por Aleixo, lo cual resulta para su momento un tema escabroso.

Occidente para ese momento ha venido considerando los actos sexuales heterodoxos como contrarios a la naturaleza humana y a las normas morales. El mismo autor los define como actos fuera de la norma, y llama al encuentro sexual entre

² La literatura referida a este tema se desarrolló mucho después. Es evidente que las expresiones literarias que se muestran desde el siglo XIX no inauguran una práctica sexual, sino que la hacen evidente. Obviamente en las distintas clases sociales las maneras en que se expresa una sexualidad estigmatizada son distintas, como lo son las maneras en que se establecen las sanciones; sin embargo, estas referencias aisladas nos hablan de cómo son consideradas estas expresiones en lo particular.

ambos personajes como *delito contra la naturaleza* [*ibid.*:71], lo cual determinará en buena medida la suerte de los protagonistas.

El siglo XIX planteó, como bien lo señala Foucault, una redefinición en el ámbito de la sexualidad y, con ello, las relaciones entre los géneros. No es que se transformaran las relaciones existentes hasta ese momento, sino que se fundamentaron en nuevos discursos en donde la ciencia médica pasó a ocupar el lugar privilegiado de autoridad frente a otros discursos.

Particularmente la llamada *época victoriana* se tomó muy en serio el control de los cuerpos y de la sexualidad, y produjo una serie de obras que consideraron desde una perspectiva moral la actuación de los sujetos en sociedad. En ese sentido, no es casual que se generara el famoso manual de Manuel Antonio Carreño [1957 (1853)], quien define, entre otros temas, la relación que debe existir entre hombre y mujer, llegando incluso a afirmar que:

Piensen, pues, las jóvenes que se educan, que su alma, templada por el Creador para la virtud, debe nutrirse únicamente con los conocimientos útiles que sirven a aquellos de precioso ornato; que su corazón, nacido para hacer la felicidad de los hombres, debe caminar a su noble destino por la senda de la religión y del honor; y que en las gracias, que todo pueden embellecerlo y todo pueden malograrlo, tan sólo deben buscar los atractivos que se hermanan bien con el pudor y la inocencia [*ibid.*:48].

Este discurso, que nos puede parecer anacrónico, ha tenido vigencia durante mucho tiempo y ha sido una guía muy importante en la educación femenina, reproduciendo de manera más sutil (si así se quiere ver), el papel que histórica y socialmente se le dio a la mujer.³ Se recurre quizá a otros términos que no dejan de ser elocuentes, para dejar claro que en lo referente a las jerarquías sociales no se permiten disidencias.

Así, desde el siglo XIX se establecen a partir de la ciencia por un lado y de la moral por otro, no sólo el papel de los géneros en las relaciones sociales, sino también los límites de la normalidad en el campo de la sexualidad. Todo ello llevó a los sujetos a construir los roles genéricos de maneras diversas, las cuales harán que hombres y mujeres se perciban a sí mismos y al otro desde estos parámetros de la normalidad biológica y moral, y que por tanto construyan cuerpos *ad hoc* para cumplir con las expectativas sociales. Este discurso ha encontrado las formas de actualizarse, pasando de ser manuales de buenas maneras en el siglo pasado a libros muy recientes de autoayuda para lograr el éxito y la aceptación social.

Sobra decir que fue una época de gran intolerancia hacia la diversidad sexual, y una prueba contundente es el proceso que llevó a la cárcel a Oscar Wilde.

³ Para una revisión más puntual de este tema ver Muñiz [2001].

Si bien para esa época ya se tenía un “diagnóstico médico” que hablaba de la homosexualidad como un trastorno mental, no excusaba de responsabilidades legales al que la *padecía* (aunque hay que considerar que en este caso no sólo se prueba la conducta sexual, sino también la trasgresión en la separación de las clases sociales).

Así, la homosexualidad aparecía formando parte de una cantidad de *trastornos* al momento de ser bautizada⁴ y de ahí se seguirían, por supuesto, tratamientos en busca de su *cura*. Al *paciente* se le obligaba a no ejercerla, so pena de sufrir el descrédito, el lapidamiento social y hasta la cárcel. En este sentido, vemos cómo entre las clases sociales más acomodadas se castiga el escándalo, el deshonor, es decir, lo que ponga en entredicho la estabilidad de las buenas conciencias de aquellos sectores sociales que buscan lograr un lugar en la sociedad (por lo mismo, las apariencias y la decencia son dos valores que se deben cuidar). Sabemos que la sociedad victoriana fue de las que ha castigado con mayor dureza la trasgresión, y que aun entrado el siglo xx cualquier desviación de la norma fue sancionada.

Es en este contexto Foster escribió *Maurice*,⁵ una novela de amor donde se discuten el tema de la homosexualidad y la manera decente en la que se ha de sobrellevar para no contravenir las buenas costumbres de la sociedad burguesa británica. De hecho, en la novela, uno de los personajes principales aduce la necesidad de vivir un amor platónico, que no lleve a un encuentro carnal entre los sujetos, y a buscar un tratamiento médico que logre curar el padecimiento. La salida que brinda el autor a los personajes de la novela, después de vivir una relación clandestina, es tratar de vivir lo mejor posible la condición de homosexual exiliado, más aún cuando la novela plantea una relación entre un hombre de la pequeña burguesía con un empleado doméstico y, por lo tanto, una relación inconcebible en la Inglaterra de la época. Es decir, el libro centra su atención en aquellos sectores de la sociedad británica que, por ser transgresores de las normas sociales, no tienen cabida en ella. La condena social, sin embargo, basaba su argumento en el discurso *medicalista* de la época; más aún, el personaje decide buscar ayuda en la ciencia y no en la religión. Es evidente que lo expuesto en esta obra

⁴ “No hay que olvidar que la categoría psicológica, psiquiátrica, médica, de la homosexualidad se constituyó el día en que se la caracterizó —el famoso artículo de Westphal sobre las “sensaciones sexuales contrarias” (1870) puede valer como fecha de nacimiento— no tanto por un tipo de relaciones sexuales como por cierta cualidad de la sensibilidad sexual, determinada manera de invertir en sí mismo lo masculino y lo femenino. La homosexualidad apareció como una de las figuras de la sexualidad cuando fue rebajada de la práctica de la sodomía a una suerte de androginia interior, de hermafroditismo del alma. El sodomita era un relapso, el homosexual es ahora una especie” [Foucault, 1991:56].

⁵ Eduard Morgan Foster escribió *Maurice* entre 1913 y 1914.

es un punto de vista, la manera en que el autor nos plantea el problema y le va encontrando una salida que obviamente no alcanza a ir más lejos.

Por dar placer al cuerpo Maurice había confirmado —esta misma palabra era la usada en el veredicto final—, había confirmado su espíritu en su perversión, y se había separado de la congregación del hombre normal. En su irritación, balbucía: “Lo que yo quiero saber... Lo que yo no puedo decirle a usted ni usted a mí, es ¿cómo un rústico campesino como éste sabe tanto acerca de mi persona? ¿Por qué cayó sobre mí aquella noche especial en que yo era más débil? Jamás me permití un contacto con mi amigo en la casa, porque, demonios, soy más o menos un caballero (colegio privado, universidad, etc.) y aún no puedo creer que lo hiciera con él”. Lamentando no haber poseído a Clive en el momento de su pasión, salió, abandonó su último cobijo, mientras el doctor decía formulariamente: “El aire fresco y el ejercicio pueden hacer maravillas aún”. El doctor quería pasar a la visita siguiente, y no le interesaba el problema de Maurice [Foster, 1997:182].

La cuestión del cuerpo, el género y la sexualidad, durante el siglo xx cobró nuevos bríos, ante una sociedad que estaba cambiando rápidamente. Con el desarrollo industrial del siglo xix ya se veían venir importantes transformaciones en muchos ámbitos socioculturales. Desde ese siglo, aun sin reconocimiento de ningún tipo, mujeres y niños fueron reclutados por las manufactureras; las mujeres empezaban a luchar por un papel más activo en la vida social y política, de ahí los incipientes movimientos de las sufragistas. Sin duda el mundo estaba cambiando a pasos agigantados, y con él muchos valores y modelos que en el siglo anterior le habían dado sentido a la organización social de los países occidentales, empezaban a desmoronarse ante la falta de sustento real.

No enumeraremos todos los cambios que se fueron dando en estas sociedades. Baste decir que ante las nuevas dinámicas internacionales ya no era posible mantener los modelos rígidos en el comportamiento de los géneros, y eso provocaba un replanteamiento de los cánones ortodoxos.

Surgen entonces, cada vez con mayor evidencia signos de rechazo a los discursos decimonónicos, aunque no por ello fueran recibidos con buenos ojos por la sociedad burguesa de principios del siglo xx. Finalmente, los transgresores no dejaban de serlo. Cocteau, uno de los grandes rebeldes del siglo xx, presentó en 1928 una obra sin duda importante en la literatura universal, *El libro blanco*, en el que hace patente su posición ante esas normas sociales y particularmente en lo relativo a las preferencias sexuales:

Para mí, el cuerpo de Alfred era más el cuerpo que habían tomado mis sueños que el joven cuerpo poderosamente armado de un adolescente cualquiera. Cuerpo perfecto, aparejado de músculos como un navío de cuerdas y cuyos miembros parecen despegarse en estrella alrededor de un pelambre de donde se levanta, mientras que la mujer está construida para simular, la única parte que no sabe mentir en el hombre.

Comprendí que me había equivocado de ruta. Me juré que no volvería a perderme, que seguiría en lo sucesivo mi recto camino en vez de extraviarme en el de los demás y que escucharía más las órdenes de mis sentidos que los consejos de la moral [Coc-teau, 1995:44].

El siglo xx sin duda fue prolijo en transgresores, y de manera particular en el ámbito sexual. Si bien el proceso seguido a Wilde había mostrado la intolerancia ante la diversidad sexual, ello no significó su aniquilamiento ni con mucho en la mayoría de los países de Europa y Estados Unidos, en donde ello se expresó de manera ampliamente visible en las artes, siendo la literatura un camino importante para su difusión y donde destacaron importantes escritores de talla internacional. Genet en su importante novela *Querella de Brest* [1983 (1953)], llevada al cine en 1983 por Fassbinder, nos muestra de manera totalmente abierta el papel de la seducción en ese encuentro entre varones que comparten el deseo erótico por los de su mismo sexo.

Hoy estaba seguro de que su jeta, repentinamente ennegrecida, más maciza debida a aquella leve capa de polvo, tendría una belleza tal que el teniente perdería todos los papeles. ¿Llegaría acaso a declararse?

“Ya veré, no creo que haya oído.”

En el interior de aquel cuerpo la inquietud generaba el sobresalto más exquisito. Querella apeló a su estrella, que no era otra que su sonrisa. Apareció la estrella, Querella avanzaba sobre sus anchos pies, firmemente posados de plano. Balanceaba algo las caderas, estrechas sin embargo, para producir un movimiento suave de la parte superior del pantalón y del calzoncillo blanco, que rebosaba un poco por encima de éste, sujetos ambos por un amplio cinturón de cuero trenzado que se abrochaba por atrás. Sin duda había registrado maliciosamente la frecuencia con que la mirada del teniente se demoraba en aquella parte de su cuerpo, aunque lógicamente conociera otros objetos más eficaces de su seducción. Los conocía con toda seriedad. A veces, con una sonrisa, con su habitual sonrisa triste. Balanceaba también ligeramente los hombros, pero su movimiento, como el de las caderas y el de los brazos, era más discreto que de costumbre, más cercano a su cuerpo, más interior, se podría decir. Se movía prieto. Cabría escribir: Querella jugaba ya fuerte. Al acercarse al camarote del teniente esperaba que éste se hubiera dado cuenta del robo frustrado del reloj. Deseó que le hubiera llamado para eso. “Me las apañaré. Tengo que entrarle por los ojos” [*ibid.*:113].

Es importante hacer notar en algunos detalles que hemos obviado, pero que a estas alturas no podemos soslayar: en las obras hasta aquí comentadas, se encuentra siempre presente el rol de género masculino establecido socialmente; es decir, en los personajes de estas obras no se pierde de vista el hecho de que, como varones que son, existen ciertas expectativas puestas en ellos a partir de su con-

dición masculina, sin que ello interfiera en su preferencia sexual o, para decirlo de otra manera, aun siendo homosexuales no pierden su rol masculino: no son personajes afeminados.

Pero hace falta resaltar otro detalle, estas obras y sus autores más que representativos son visibles. Evidentemente en esa época son escasas las referencias a homosexuales y a la homosexualidad. Para ese momento la heterodoxia sexual aún no alcanza a establecer nominaciones claras, sino que aún permanecen como un amasijo las perversiones sexuales.

Sin embargo, lo que a principios del siglo xx vemos como audaces actos de transgresión por parte de unos cuantos personajes, a partir de los años 60 gana terreno de manera real haciéndose patente una presencia no sólo permanente sino efectiva, que da lugar a su expansión a ámbitos diversos del cine, el teatro, la música; lugares en los que también se van diversificando las expresiones que para ese momento ya no sólo transgreden los ámbitos de la preferencia sexual, sino también los de género y edad, entre otros, en los que el lenguaje es cada vez más explícito, aunque no necesariamente soez, pero que no teme referirse directamente a las prácticas de los cuerpos masculinos.

[...] los marineros cruzan la calle, salen de los restaurantes, de los cines que cierran, de los bares. Una mujer atractiva mira con descaro dentro del auto y se cubre la boca sonriendo. Hay muchos hombres guapos en toda la calle, hasta la plaza de Cataluña, y dormidos en sus cuartos tibios hay más, con el cálido aroma de sus axilas junto a la almohada. El mundo está lleno de ellos. Hay millones que nunca conocerá Rodrigo, sentado al volante de su auto mientras aprieta en la mano la blanca columna que le sale de las piernas envuelta en el pañuelo recién planchado. Y por lo menos un millón son tan bellos que harían sonar las trompetas del Día del Juicio si llegaran a juntarse en la misma ciudad. Hay negros y mulatos que debieran ir siempre desnudos, rubios de antebrazos velludos y cejas infantiles sobre los ojos azules, morenos que abrirían en dos las aguas del Atlántico si se lo ordenaran [González de Alba, 1981:62].

Es importante señalar que en el desarrollo de la producción histórica contemporánea, las huellas dejadas por los discursos acerca de las prácticas y las identidades sexuales son apenas visibles y requieren una búsqueda exhaustiva y minuciosa que pase por la manera en que los propios actores, y las sociedades en las que vivieron, percibían esas prácticas.

En la literatura se van haciendo presentes otras formas de expresión que se refieren al desarrollo de una cultura con rasgos característicos que se expresa a través de un lenguaje cifrado que construye su especificidad a partir de que genera rasgos identitarios; estos últimos dan muestras cada vez más claras y evidentes de que el personaje ya no está sólo, de que se ha ido construyendo una comunidad que comparte no sólo prácticas culturales, sino formas comunes de ver y entender

el mundo. Sin duda estos discursos no son, ni pretender ser, representativos de un sector o de una época. Son apenas las ideas de un observador suspicaz que a través de un lenguaje literario pretende mostrar su punto de vista respecto de una incipiente cultura gay:

Unos murmuran “camina como Bruce Lee”; otros, “no, como la pantera rosa”; “The pink panther”, dice, erudita, la Quiquis; “The punk panther”, corrige Adela, haciendo gala de su ingenio; “pero qué mal viste”, objeta Madame Chanel, y Lady Baltimore, más migajona, remata: “parece existencialista de película mexicana”. Sin embargo, después todos calificarían su entrada como “espectacular”. La equipararían con la de Libertad Lamarque en la versión teatral de *Hello Dolly*, descendiendo las escaleras con su vestido rojo, o con la de Angélica María (también bajando una gran escalera) en *Cinco de Chocolate y uno de Fresa*, ataviada únicamente con lentejuelas y tocado de plumas. Compararían su mirada con la de Warren Beatty en *El cielo puede esperar*, o su sonrisa con la de Tony Curtis en *La carrera del siglo*. Todos destacarían que su presencia había trastornado al bar entero, que nadie había permanecido insensible a su encanto, y, los más refinados, señalarían que había sido la irrupción en la cotidianeidad del elemento que ciega por su belleza y su carácter singular. Algunos, los más líricos, afirmarían haberlo visto rodeado de una aureola mágica. En cambio, los más prosaicos comentarían que su único mérito había consistido en ser diferente [Zapata, 1989:56].

Así, la literatura hace a su vez uso de recursos de otros lenguajes artísticos que pone en boca de sus personajes para tratar de mostrar una incipiente subcultura gay.

Finalmente hemos llegado a un desarrollo cultural en donde lo sexual ha logrado ocupar un lugar importante dentro de la construcción social de los sujetos, y no obstante esto no necesariamente ha implicado un reconocimiento de la diversidad sexual, y sin duda el recurso utilizado en este texto —retomar fragmentos de obras literarias de distinto origen— simplemente es una estrategia, no para validar un punto de vista, sino apenas para ejemplificar cómo desde la literatura escrita en clave gay podía verse la emergencia de un sector social con incipientes rasgos culturales, pero dispuesta a avanzar, reconociendo rasgos específicos en donde se cruza la práctica sexual con otros aspectos que la ubican y le dan fuerza. Así, va entrando en escena, no sin gran esfuerzo, la diversidad sexual. A diferencia y quizá en respuesta al estereotipo socialmente creado, los primeros personajes creados desde la heterodoxia sexual son los hombres masculinos capaces de establecer relaciones con otros hombres, es una forma de “normalización” del homosexual, pero al final del siglo xx se hace visible la diversidad sexual, y nos encontramos desde el personaje de Puig en *El beso de la mujer araña* hasta el de Lemebel en *Tengo miedo torero*.

Pero aunque el cuento había logrado excitarla hasta la punta de las pestañas postizas, aunque varias veces mientras Carlos hablaba cruzó la pierna para disimular la erección de su estambre coliflor, algo de todo aquello le pareció chocante. Y no era por moral, ya que ella guardaba miles de historias más crudas donde la sangre, el semen y la caca habían maquillado noches de lujuria. No era eso, pensó, es la forma de contar que tienen los hombres. Esa brutalidad de narrar sexo urgente, ese toreo del yo primero, yo te lo pongo, yo te parto, yo te lo meto, yo te hago pedazos, sin ninguna discreción. Algo de ese salvajismo siempre la había templado gustosa con otros machos, no podía negarlo, era su vicio, pero no con Carlos, tal vez porque la pornografía de ese relato la confundió logrando marchitarse el verbo amor. Si, por último, sólo había sido una tierna historia de dos niños en una playa desierta buscando sexo, ocultos de la mirada de Dios. Nada más, se repitió eructando los vapores del pisco mientras salía el dormitorio tambaleándose con la frazada bajo el brazo. Al entrar, escuchó la aguja del pick-up chirriando gatuna al final del disco, y más allá, tirado como un largo riel sobre los almohadones, Carlos roncaba profundamente por los fuelles ventoleros de su boca abierta. Una de sus piernas se estiraba en el arqueo leve del reposo, y la otra colgando del diván, ofrecía el epicentro abultado de su paquetón tenso por el brillo del cierre eclair a medio abrir, a medio descender en ese ojal ribeteado por los dientes de bronce del marrueco, donde se podía ver la pretina elástica de un calzoncillo coronado por los rizos negros de la pendejada varonil [Lemebel, 2001:97].

En el relato, el cuerpo varonil adquiere consistencia, se encarna y se objetiva volviéndose el centro del deseo masculino que despierta sus apetitos sexuales: lo observa, lo idealiza, lo transforma, lo codicia.

En este breve repaso hemos visto, por un lado, una saturación de mensajes en los que la sexualidad y los cuerpos juegan un papel importante. En los medios de comunicación se presentan más escenas de índole sexual, hay mayor cantidad de imágenes en la ciudad que muestran los cuerpos masculino y femenino.

La moral sexual sigue aferrada a que la heterosexualidad-monógama-reproductiva continúe siendo el modelo a seguir. Baste escuchar los discursos de muchos jóvenes que, sin piedad, pueden ensañarse contra cualquier mujer que se haya atrevido a tener una conducta sexual fuera de la norma. Inmediatamente se ponen en juego los discursos contruidos siglos atrás que condenan la búsqueda del placer por parte de la mujer.

Los cuerpos se muestran y exhiben pero no pueden usarse libremente. Los discursos siguen presentes: un varón heterosexual que se precie de serlo no puede abandonarse al placer de recibir caricias en el ano; su cuerpo está bajo la vigilancia de su propia moralidad y, por supuesto, de la de su pareja. La mujer tampoco es dueña de su cuerpo, ni puede tomar decisiones relacionadas con él.

Todo ello responde, por supuesto, a los discursos genéricos que han establecido por siglos la superioridad del varón. Estos valores y principios no se han

mantenido estáticos a lo largo de la historia, ni en todos los pueblos y culturas; han presentado variaciones y transformaciones relacionadas con el dinamismo propio de las sociedades, así como con los factores externos a las mismas; sin embargo, aun cuando puedan darse cambios profundos en los órdenes socioeconómicos, las que se relacionan con el papel de los géneros tardarán más tiempo en producirse.

EL CUERPO MASCULINO CONTEMPORÁNEO EN NUESTRO PAÍS

Las transformaciones desencadenadas a lo largo del siglo xx no se limitaron a evolucionar los sistemas productivos, sino que vinieron a transformar en buena medida la vida de los sujetos y el sentido que tenían muchas de las actividades que se realizaban cotidianamente. En especial en sectores sociales cuyas condiciones socioeconómicas lo permitían, se fueron introduciendo cambios trascendentes en el proceso de vida y en los valores asignados a ellos. Así, este tipo de transformaciones vinieron a presentarse en sectores sociales urbanos, cuyas condiciones económicas ponían a los sujetos en una situación de mayores posibilidades de participación en contextos diversos y, a la vez, de mayores probabilidades de cambio.

Por un lado, se dio un proceso muy importante por el cual el tiempo transcurrido entre la niñez y la adultez se fue alargando de manera significativa, construyéndose dos etapas cruciales en la nueva manera de percibir la masculinidad: la adolescencia y la juventud. De nuevo, esta posibilidad se da en los contextos sociales urbanos, en buena medida como respuesta a las condiciones económicas a las que se vieron expuestos esos sectores. Mientras que en el ámbito rural o en sectores socioeconómicos más bajos ha sido común la participación del niño en actividades económicas y productivas, en las clases medias y altas urbanas estas condiciones no se dan de manera inmediata, sino que se van posponiendo indefinidamente.

Ambas etapas que separan al niño del hombre se han constituido en periodos en los que la masculinidad va obteniendo una forma cada vez más definida, y en la cual se van imponiendo ritos de paso y luego pruebas a la masculinidad. Se trata de que el niño deje de serlo y vaya adquiriendo una serie de conocimientos y comportamientos que se asocian con la masculinidad, por supuesto heterosexual. Todos estos ritos o pruebas no son concluyentes, es decir, los varones, como dice Badinter, continuarán enfrentando esas pruebas a lo largo de toda la vida, aunque es evidente que el tipo de prueba a la que se hace referencia será distinta en cada momento de su vida:

Sin ser plenamente conscientes de ello, nos comportamos como si la feminidad fuera natural, ineluctable, mientras que la masculinidad debiera adquirirse pagándola muy cara. El propio hombre y los que le rodean están tan poco seguros de su identidad sexual

que exigen pruebas de su virilidad. Al ser masculino se le desafía permanentemente con un “Demuestra que eres un hombre”. Y la demostración exige unas pruebas de las que la mujer está exenta [Badinter, 1993:18].

Si bien hemos dicho que cada cultura establece sus propios patrones identitarios, hemos visto también que las sociedades occidentales, a través de las telecomunicaciones y la comercialización de productos e imágenes, ha generado patrones de conducta semejantes con respecto a la masculinidad, apuntando hacia una estandarización de los modelos que no se pueden alcanzar finalmente debido a las diferencias culturales entre las diversas sociedades. Esos modelos estandarizados aparecen desde la infancia, haciéndose claros los modelos de conducta genéricamente establecidos y delimitados, reproduciéndose a través de canales variados que van desde los medios de comunicación masiva hasta la reproducción de los modelos de conducta observados en los varones adultos con los que se convive.

Podemos decir, entonces, que se establecen algunos aspectos clave que intentan definir la masculinidad. Desde la infancia, la sociedad representada por el grupo de niños con los que se juega suelen estar atentos para sancionar las conductas *desviantes* de los que no participan en los modelos generalizados. Si bien puede no haber una clara conciencia en lo relativo al trasfondo de la descalificación, es decir, que ni para el transgresor ni para el censor queden claras las razones para la censura, ello no impedirá que se reproduzcan los discursos o descalificaciones expresados por los adultos. Muchos sujetos gay hacen referencia al sentimiento inexplicable en su momento, de ser diferentes y de haber hecho cosas que para el entorno resultaban inaceptables.

Si bien de niño y de adolescente me detesté a mí mismo, hoy siento afecto por aquel desdichado niño que fui en otro tiempo, una benevolencia retrospectiva que podría denominarse “la pederastia autobiográfica” [White, 1996:9].

De la niñez pasará a la adolescencia con la sensación de pertenencia o de aislamiento, como respuesta a las vivencias de la niñez ya apuntadas. La sociedad sigue atenta —cada vez más— a los comportamientos del sujeto, a su participación en actividades que ponen en juego la masculinidad, a través de aquellas acciones relacionadas o, podríamos decir, que han pasado a formar parte del estereotipo, siguiendo nuevamente a Badinter, calificando la manera en que el sujeto enfrenta sus problemas. La fortaleza física, el valor a un extremo temerario, el interés en el encuentro prematuro con la sexualidad, aun cuando no se tenga claro qué se pretende obtener de ella, las incursiones amorosas por el simple hecho de probar la capacidad que se tiene de lograr una aventura en la que la mujer, ya desde este momento, es devaluada y convertida en simple trofeo de competencia, son todas pruebas que se deben afrontar.

Se llega por fin a la juventud, un momento cuando la permisividad es mayor, pues legalmente ya se es autosuficiente, aun cuando en otros ámbitos de la vida, como el económico, se permanezca indefinidamente en una relación de dependencia respecto de la casa paterna.

El alcohol, las aventuras sexuales, la posesión de un auto, la afición por el deporte, se convierten entonces en los emblemas de la masculinidad que hay que enarbolar para seguir manteniendo el estatus logrado en los periodos anteriores.

Si bien se puede tolerar un relativo incumplimiento a estas conductas emblemáticas, no es posible cuestionarlas y transgredirlas impunemente, pues esa sociedad organizada genéricamente reclamará el cumplimiento de las pruebas y ritos de paso o, en caso contrario, la sanción. En esta etapa de la vida se suelen afrontar también los signos más evidentes y agresivos de la intolerancia y la homofobia, porque es el momento de sublimar las actitudes viriles y los gestos de la masculinidad.

MASCULINIDAD E IDENTIDAD GAY

Entender el papel del hombre en las sociedades contemporáneas no es tarea fácil, sobre todo porque estamos ante sociedades globalizadas, industrializadas, que se han puesto como meta llegar a un público consumidor cada vez más amplio, lo que implica el desarrollo de estrategias de mercadotecnia cada vez más sofisticadas y efectivas. Esas estrategias, por el sentido global de su origen, pretenden estandarizar a sus consumidores a pesar de sus nacionalidades y orígenes étnicos distintos. Podemos ver que el cine, la televisión, las estrategias comerciales, son trasladadas a diferentes países en los que solo se traduce el idioma, aun cuando en términos culturales pueda existir tal distancia que sólo queden imágenes que refuerzan el estereotipo, aun cuando éste no corresponda con el ámbito local.

De manera importante, los movimientos feministas y de reivindicación de las sexodiversidades en Europa y Estados Unidos condujeron a un replanteamiento del papel de las masculinidades y, con ello, de la actuación de los varones heterosexuales en dichas sociedades.

No obstante que se han dado estos cambios importantes dentro de las sociedades contemporáneas, para lograr la equidad entre los géneros y el respeto a la diversidad, fue indispensable recorrer un camino largo y sinuoso en el que la intolerancia, la intransigencia y los fundamentalismos se hacen presentes para tratar de impedir u obstaculizar lo que parece ser una dinámica irreversible, inclusive cuando los cambios en favor de la equidad de género y de preferencia sexual encuentran sus grandes obstáculos en el mundo global. Por un lado está la Iglesia católica, que en voz de su representante oficial continúa emitiendo discursos que bloquean los

pequeños pasos que se dan, de manera particular en algunos contextos nacionales; por otro lado están las voces de agrupaciones radicales, jefes de Estado, etcétera, que de cuando en cuando realizan declaraciones al respecto.

Para el caso concreto de nuestro país, vemos cómo se presentan vastas polémicas en el ámbito de los discursos oficiales, y que a la vez se dan grandes desconciertos en los sujetos tratando de construir un discurso propio a partir del caudal de opiniones que se emiten a diario por todos los medios.

Resulta evidente que los jóvenes tratan de formarse un criterio a partir de todo ello, pero no todos miran hacia el mismo lugar. Así como se van dando esfuerzos hacia la democratización de los géneros, también existe un movimiento muy importante de contención de ellos. Un ejemplo muy claro y documentado está en el trabajo de Edgar González Ruiz [1994], en el que presenta una revisión de cómo se ha ejercido la intolerancia en el plano de la sexualidad en los últimos años y qué asociaciones de la sociedad civil han golpeado todos los esfuerzos por difundir información para lograr el ejercicio de una sexualidad más responsable, así como al respecto de los movimientos por la despenalización del aborto y en favor de los derechos de los sectores sexodiversos.

Esto nos lleva a replantearnos el tema de la identidad, en particular la masculina. De manera muy esquemática nos referiremos a un aspecto que ya hemos trabajado ampliamente con anterioridad [List, 2000] y que aquí sólo retomaremos para referirnos al tema de la masculinidad.

La identidad deviene de un proceso individual y colectivo en el que el sujeto participa de manera activa a lo largo de su vida, tanto para reconocerse a sí mismo como para interactuar con otros sujetos semejantes o distintos.

En su momento dijimos que la identidad se constituye en dos niveles: el individual y el colectivo, de manera simultánea, construyendo con ello los diversos planos con los cuales el individuo se puede ir incorporando a la vida social en los diferentes momentos de su existencia. Por un lado se encuentra el aspecto individual con el cual construirá planos identitarios que le darán sentido a sus relaciones cotidianas, que le permitirán reconocerse como parte del sexo masculino, y así, a partir de los aspectos genotípicos, construir su papel genérico de acuerdo con las exigencias sociales.

Hemos dicho más arriba que a lo largo de la vida estas exigencias se irán transformando en consonancia con los parámetros y lineamientos de la sociedad en la que se inscribe el sujeto. Finalmente, hacíamos hincapié en el sentido intersubjetivo y relacional de la identidad, lo que implica que su construcción conlleva necesariamente la socialidad, lo que le permite que, en la interacción entre lo individual y lo colectivo, se vayan reconstruyendo y asumiendo los planos identitarios. De ahí que sea importante el señalamiento de Giménez, cuando afirma que los actores sociales tienden a valorar positivamente su identidad; él concluye que:

[...] los actores sociales —sean individuales o colectivos— tienden, en primera instancia, a valorar positivamente su identidad, lo que tiene por consecuencia estimular la autoestima, la creatividad, el orgullo de pertenencia, la solidaridad grupal, la voluntad de autonomía y la capacidad de resistencia contra la penetración excesiva de elementos exteriores [Giménez, 1992:21].

Esta valoración positiva de la identidad hará que el sujeto la conserve en el momento de encontrarse frente a sujetos o colectividades que no la compartan. En este sentido, por los argumentos expuestos más arriba, vemos que no todos los sujetos que comparten un interés sexual hacia sujetos del mismo sexo asumen una identidad valorándola positivamente en términos culturales; por ende, no todos desarrollan un plano identitario gay.

La cultura de género atraviesa a la preferencia sexual en el sentido que cada uno de los seres humanos, sin importar su manera de relacionarse sexualmente, tiene una carga ideológica que le determina su ser social, en este caso masculino o femenino, y ello provoca que su manera de expresar la sexualidad adquiera particularidades. Recordemos que la cultura de género trastoca las relaciones sociales y, por tanto, incide de manera directa en las actitudes, los comportamientos y las formas de relación con el entorno. En este sentido, si bien podemos ver que los sujetos van construyendo un plano identitario gay, éste no está exento de los condicionamientos que establece la cultura de género y, por tanto, debemos considerarlo más bien como dos aspectos que se cruzan e influyen en las actitudes, los modos de relacionarse, y en general en la manera de ser y actuar del sujeto.

Hoy en día sabemos que más sujetos viven de manera cotidiana asumiendo este plano de identidad, lo que ha permitido entre otras cosas que ésta se pueda construir a partir de un reconocimiento con iguales que comparten la vida diaria, y no tener que recurrir necesariamente a un espejo distante, del que se retomen formas de construir esa identidad, a partir de elementos socioculturales que no corresponden a la realidad mexicana.

La identidad gay, como otros planos identitarios, es una construcción relacional y situacional, a partir de la cual el sujeto reconoce diferencias y semejanzas con su entorno. Construir una identidad gay, es decir, una identidad que ha sido estigmatizada socialmente, no es un proceso sencillo; como el resto de los planos identitarios, un gay se va construyendo con las interacciones en los contextos específicos que le permitan además hacerse de aquellos elementos culturales con los cuales podrá interactuar. En este sentido, es posible ver cómo las generaciones más jóvenes, que cuentan con más elementos culturales visibles y con más imágenes positivas respecto de la diversidad sexual (en el cine, la televisión, sitios de socialización, etcétera), pueden construir una identidad más sólida y afirmativa de su preferencia sexual.

Es importante reconocer que la identidad gay es histórica, en el sentido de que se ha ido construyendo a partir de las transformaciones en la manera en que los sujetos van percibiendo su propia preferencia sexual, lo cual se vuelve más positivo al ir eliminando el estigma que le daba la categoría de homosexual. Con ello, además, la categoría gay va teniendo un sentido político, que reivindica no una sola manera de relacionarse sexualmente, sino una serie de elementos socioculturales que se van formando como elementos derivados de la propia preferencia sexual.⁶

Los hombres de los años veinte buscaban en su interior vestigios de feminidad como si fueran piojos. Pero no era su personalidad por lo que se preocupaban, sino por su pelo y sus ropas. Su dilema era que nunca debían ser descubiertos preocupándose por aquellas cuestiones [Crisp, 2001:43].

HOMBRES GAY

Los sujetos gay en el siglo xx tuvieron que ir inventando formas para sobrevivir a una sociedad intolerante y homófoba; tuvieron que sobrellevar circunstancias diversas como lo fueron los países donde vivieron: Pierre Seel en Alsacia, Quentin Crisp en Inglaterra, Yukio Mishima en Japón, Salvador Novo en México y muchos otros que enfrentaron los diversos tipos de violencia física y simbólica por el solo hecho de ejercer su preferencia sexual al margen de las convenciones sociales. Evidentemente los sujetos anónimos tanto de contextos rurales como urbanos han vivido de maneras diversas su preferencia sexual; en muchas ocasiones ocultándola incluso a su propia mirada, en otras haciéndola explícita y asumiendo con ello las consecuencias de su apertura. Los testimonios que hablan de estas circunstancias son escasos, diríamos que aún están por recogerse. De ahí que nuestras referencias sean únicamente las de aquéllos que, de una u otra forma, los han hecho públicos.

Aquí estamos frente a un hecho trascendental en el desarrollo no sólo de un deseo sexo-erótico hacia individuos del mismo sexo, sino hacia la construcción de una identidad valorada positivamente, a pesar de los diversos grados de agresión y sufrimiento vividos primordialmente en la juventud. Las historias particulares

⁶ La identidad no es un destino sino una elección. Pero, en una cultura donde los deseos homosexuales —femeninos o masculinos— siguen siendo execrados y negados, la adopción de una identidad lesbiana o gay constituye inevitablemente una elección política. Estas identidades no son expresiones de esencias concretas. Son autocreaciones, pero creaciones en términos no elegidos libremente, sino establecidos históricamente. Así, las identidades homosexuales ilustran la relación entre la restricción y la oportunidad, la necesidad y la libertad, el poder y el placer [Weeks, 1993:333].

vividas en los diversos sitios del planeta provocaron que el desarrollo propio de lo que significó ser gay evolucionara de manera diferente y, por tanto, que las subculturas gay de cada país se establecieran como metas puntos diferentes.

Por supuesto, esos desarrollos diferenciados en el ámbito sociocultural condujeron a la construcción de una serie de símbolos y emblemas que permitieran el reconocimiento y hasta una comunicación bajo un código clandestino. Así se fueron construyendo imágenes gay que reivindicaron ciertos estereotipos, que cubrieron un espectro tan amplio que iba del afeminamiento total hasta las imágenes más masculinizadas, exaltando la fuerza física y la virilidad. Todos los modelos cupieron, todos los sujetos encontraron una imagen para recrear, así como una estrategia que les permitía relacionarse con sus semejantes en condiciones disímbolas.

Aunado a ello, tenemos todo el desarrollo de una cultura homosexual o gay que en distintos momentos aprovechó diversos canales para hacer público su interés y su modo de expresarlo por diferentes medios: la literatura, la pintura, la música, la poesía, el cine, etcétera. Así, a lo largo del siglo xx, los sujetos gay no sólo afrontaron las actitudes más o menos agresivas de sus sociedades de origen, sino que, en la medida de sus posibilidades, construyeron una cultura gay que les permitiera sobrevivir a la violencia homófoba.

Estos sectores aprovecharon cuanto reducto se les presentó para poder desarrollarse: los canales subterráneos, los sitios clandestinos, los lenguajes cifrados verbales y no verbales, los mensajes dejados en baños públicos, etcétera, todo ello permitió ir construyendo encuentros, que a su vez fueron el vehículo por el que se fueron extendiendo modelos diversos de ser gay. En este sentido, estos grupos tuvieron que desarrollar formas alternativas de encuentro; esto modificó el sentido de lo público y lo privado, al menos para estos sujetos.

Más atrás hemos dicho que los sujetos de clase media suelen establecer su socialidad en los sitios cerrados que les permite mantener esa cierta intimidad, en ese ámbito privado que bien señala Rabotnikof [1998] y que se caracteriza por ser, en la mayoría de los casos, un espacio creado ex profeso para la socialidad gay, ello sin contar aquellos otros espacios apropiados por este sector social que, sin embargo, no subvierten el orden ahí establecido.

Así, se encuentran sobrepuestos y a veces se entrecruzan itinerarios, rutas, destinos en los que las apropiaciones transgreden horarios, fechas, temporadas, se invierten funciones, llevando incluso a volver privados los actos públicos (por ejemplo el baile en las fiestas exclusivas), y públicos los que la sociedad considera privados (encuentros sexuales en sitios como cines), con lo que se hace difícil aprehender la multiplicidad de funciones y significaciones de la vida gay urbana.

Hablar de lo público y lo privado respecto de los gays tiene mucho que ver con estilos de vida y formas de interacción, ya que ambos espacios pueden en-

contrarse altamente imbricados. ¿Hasta dónde llega uno y empieza el otro? La sexualidad, aspecto importante para la comprensión de este grupo social, y que tiene que ver con esos estilos de vida, en muchos momentos está situada en esa delgada línea que divide a lo público de lo privado, y se crean puntos intermedios en donde descansa no sólo la incorporación del deseo, sino la misma socialidad que se da dentro de esa comunidad.

¿Cómo interpretar, por ejemplo, una habitación oscura o en penumbra el mejor de los casos, en la que se reúnen varones deseosos de tener un encuentro sexual? Caminan por la habitación, se tocan, recorren el cuerpo localizado tratando de adivinar su complexión, su altura, quizá hasta su edad; inmediatamente después comienzan a recorrer el pecho, las nalgas, el miembro y, entonces sí, se entregan a la práctica sexual: sexo oral (con o sin condón), “faje” o masturbación mutua, penetración (con o sin condón) y, una vez lograda la eyaculación, dejar el lugar más o menos satisfecho, más o menos frustrado, al haber tenido ese encuentro con uno o más sujetos, mientras otro u otros no convocados aprovechan para utilizar también esos cuerpos y satisfacen sus propios placeres.

Esto que pudiera parecer contradictorio refleja simplemente la manera en que los sujetos gay han ido construyendo no sólo esas formas de socialidad y de afectividad, sino también formas de encuentro erótico que trasgreden las maneras socialmente reconocidas y aceptadas.

La sociedad heterosexual considera la sexualidad como una actividad que entra en el orden de lo privado, y toda forma heterosexual que no quede dentro de ese ámbito sólo tiene dos sitios: la pornografía y la prostitución o, en el peor de los casos, la violencia sexual (aunque en esta última situación de todos modos ella recibe el estigma social).

En el caso de los sujetos gay, de entrada son considerados trasgresores. Por ello han buscado formas de relacionarse, espacios, momentos que regularmente fueron clandestinos y que en muy pocas ocasiones pudieron corresponder con los espacios “creados para el encuentro sexual”: la recámara. Así, los sujetos gay tuvieron sus encuentros en sitios abiertos o en lugares cerrados, pero generalmente no dentro de la casa habitación (una azotea, unas escaleras oscuras, un estacionamiento, un baño solitario y hasta un parque en la noche sirvieron durante mucho tiempo para el encuentro sexual). La literatura también da cuenta de ello:

Llegaron al extremo del muelle, tan molesto y bullicioso durante el día y entonces, de noche, tan tranquilo y solitario. Ambos parecían buscar a alguien; se volvían a todas partes, escrutando las caras de los escasos viandantes que por allí transcurrían, observando a los individuos sentados en los bancos paralelos a pretil.

Como más tarde pude saber, había ido a dar, en seguimiento suyo, a uno de esos lugares apartados de la ciudad, que toda capital posee: rincones desiertos, parques solitarios,

lugares de reunión de pederastas que la policía conoce y tolera... Yo experimentaba hacia los individuos allí estacionados, y que me solicitaban al pasar, una profunda repugnancia. Y, sin embargo, yo mismo me moría de deseo por un hombre que me hacía tan poco caso como el que yo prestaba a aquellos sodomititas [Wilde, 1984:119].

Aquí vale la pena realizar una consideración a partir de lo que expresa Wilde. Esos espacios de la trasgresión que suelen ser estigmatizados por darles usos distintos a los que se les suele conferir, han sido indispensables para ese encuentro. Así, ante la ausencia de espacios adecuados se ha favorecido la apropiación de los que estén “disponibles”, aun cuando sean espacios de alto riesgo.

Esto ha permitido que se puedan realizar estos encuentros pero, además, dentro del orden simbólico gay constituye la erotización de espacios, momentos y situaciones que “enriquecen” la vida sexual de los gay.

Con el paso del tiempo, los sujetos gay se fueron apropiando de sitios donde este tipo de encuentros se hizo posible: baños de vapor públicos, cuartos oscuros y cines principalmente. En estos sitios fue posible recrear el elemento furtivo de los encuentros anteriores, pero la mayoría de las veces sin los riesgos de sufrir una agresión o de ser detenidos y extorsionados por la policía. Así se han desarrollado este tipo de lugares, que han enfrentado sus momentos en que casi se han extinto, como los inmediatamente posteriores al descubrimiento del VIH-SIDA; empero, estos sitios han cobrado auge en los últimos años. Estos sitios además presentan otra particularidad, el encuentro sexo-erótico suele darse con la participación de dos o más sujetos y rodeado de una cantidad variable de personas que ejercen su sexualidad de manera simultánea. De tal modo que el ejercicio de la sexualidad se vuelve un acto semi-público, en el que otro u otros pueden actuar no sólo como *voyeuristas*, sino inclusive intervenir en un momento determinado, haciendo más amplio el número de sujetos que participan en él.

Lo que Guasch [1991] llama institucionalización del modelo gay es la construcción de todos esos espacios físicos y simbólicos en los que se lleva a cabo la convivencia y socialidad de los sujetos gay, y aquí entrarían desde la discoteca o el bar hasta los baños públicos. Resulta significativo cómo el estigma hacia ciertos sectores gay, ubicados principalmente por clase social, resintieron en mayor medida el temprano desarrollo de esos espacios de interacción, pues generalmente se establecen marcas de distinción que llevarán a su exclusión.

En este contexto vuelve a resultar polémico el lugar de la sexualidad para los sujetos gay: ¿es un acto público y, por tanto, puede desarrollarse en cualquier sitio de encuentro gay? O, por el contrario, ¿es un acto privado y debe circunscribirse a la pareja a un sitio donde sólo ella interactúe? Sin duda la respuesta implica la articulación de valores éticos, morales y de salud, por lo que se vuelve compleja. En este sentido, la participación de amplios sectores gay en la dis-

cusión de estas cuestiones ha permitido que en algunos países se establezcan medidas de protección, principalmente en el área de la salud, hacia la propia población gay.

Es un hecho que la frontera entre lo público y lo privado entre sujetos gay es sumamente movable: para algunos sujetos la sexualidad, así como el resto de los actos entre individuos gays, tienen cabida perfectamente en el ámbito público, y hay otros para los que no sólo la sexualidad, sino cualquier forma de afectividad entre gays, tiene que darse en ámbitos privados. En este sentido, la interacción gay permite una flexibilización de la dimensión público/privado, con lo cual se amplían sus límites.

En este estado de cosas, los diversos sectores sociales asumen diferentes posturas, aunque entre los individuos gays clasemedios suele existir aún una gran ambigüedad y, por lo tanto, un gran riesgo de contagio de enfermedades de transmisión sexual, puesto que, ante su temor a ser descubiertos en el entorno social como gays, siguen acudiendo a encuentros furtivos en sitios clandestinos de la ciudad de México o incluso mantienen una actitud de negación ante lo evidente de la posibilidad de contagio.

Por otra parte, la cultura de género suele actuar también en ese ámbito público en donde se refuerzan nuevamente los discursos explícitos e implícitos, en cuanto a ejercer la sexualidad en el momento en que las circunstancias lo permitan, independientemente de las situaciones, el deseo o apetito sexual, para mostrar al entorno social que se cumple con las cualidades asignadas al varón de manera cultural.

CONCLUSIONES

Después haber hecho este recorrido histórico-cultural, deseamos destacar algunos aspectos que nos parecen relevantes en la comprensión de cómo se ha construido histórica y culturalmente el ser hombre en las sociedades occidentales.

Hemos visto que cuerpo, género y sexualidad se encuentran íntimamente ligados. Si bien ha cambiado mucho la manera en que se han desarrollado históricamente las concepciones sobre ellos, se han mantenido algunos rasgos esenciales que tienen que ver con su fundamento mismo, es decir, con el concepto de desigualdad y, por lo tanto, de jerarquización de los géneros.

En este sentido, hemos hecho uso de la literatura para hacer evidente que estas concepciones de la masculinidad están íntimamente ligadas a los sistemas de pensamiento de Occidente y, por tanto, trascienden la construcción de las identidades sexodiversas.

Hoy en día vemos, por un lado, que los modelos masculinos han tenido una tendencia hacia las imágenes andróginas, que hay discursos en favor de relaciones

más equitativas en los planos político, económico, laboral, afectivo, entre otros; por otro lado está la presencia cada vez más evidente de sujetos sexo-diversos que han generado sus propios estereotipos y no han hecho desaparecer los discursos de género masculino que reivindican el papel hegemónico de los varones heterosexuales.

Los discursos contruidos en torno a la sexualidad han seguido ese mismo camino, dando como sentado que el sexo heterosexual es el sexo bueno, natural y normal. El resto de las conductas sexuales, incluso la búsqueda de placer sexual por parte de la mujer en contextos heterosexuales o el deseo de los varones de ver cubiertas sus fantasías, entre las que se incluyen la búsqueda del placer erótico fuera del coito convencional, se forman sospechosas y hasta reprobables, en tanto van en contra de los discursos expresados tradicionalmente.

Finalmente consideramos que este sector social ha crecido, en tanto ha podido desarrollar lo que denominamos “cultura sexodiversa”, en la que se encuentran incorporadas diversas subculturas como la gay, que han hecho de la diferencia una manera de reivindicación, y que con el ejercicio cotidiano de su vivencia, de su afectividad, de su erotismo y hasta de su socialidad, está alimentando el desarrollo cultural que nació en la clandestinidad pero que poco a poco se está volviendo más visible y, más aún, está generando las condiciones necesarias para desarrollarse plenamente.

BIBLIOGRAFÍA

Allen, Michael R.

1992 “Homosexualidad ritual, poder masculino y organización política en el norte de Venautu: Un análisis comparativo”, en Herdt, Gilbert, *Homosexualidad ritual en Melanesia*, Madrid, Fundación Universidad-Empresa.

Badinter, Elizabeth

1993 *XY La identidad masculina*, Madrid, Alianza.

Caminha, Adolfo

1987 *Bom-Crioulo*, México, Posada.

Carreño, Manuel Antonio

1957 *Manual de urbanidad y buenas maneras*, México, Botas.

Cocteau, Jean

1995 *El libro blanco*, México, Ponciano Arriaga.

Crisp, Quentin

2001 *El funcionario desnudo*, Madrid, Valdemar.

Foster, Eduard Morgan

1997 *Maurice*, Barcelona, Seix Barral.

Foucault, Michel

1991 *Historia de la Sexualidad*, t. 1, *La voluntad de saber*, México, Siglo XXI.

Genet, Jean

1983 (1953) *Querrela de Brest*, Madrid, Debate.

Giménez, Gilberto

1992 "La identidad social o el retorno del sujeto en sociología", en *Estudios de comunicación y política*, núm. 2, abril, México, UAM-X.

González de Alba, Luis

1981 *El vino de los bravos*, México, Katún.

González Ruiz, Edgar

1994 *Cómo propagar el SIDA. Conservadurismo y sexualidad*, México, Rayuela.

Guasch, Oscar

1991 *La sociedad rosa*, Barcelona, Anagrama.

Harris, Marvin

1999 (1981) *Introducción a la antropología general*, Madrid, Alianza.

Herd, Gilbert

1997 *Same sex, Different Cultures. Exploring Gay & Lesbian Lives*, Colorado, Westview.

Lamas, Marta

1996 *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, Miguel Ángel Porrúa/Programa Universitario de Estudios de Género, UNAM.

Laqueur, Thomas

1994 *La construcción del sexo. Cuerpo y género desde los griegos hasta Freud*, Madrid, Cátedra.

Le Bretón, David

2002 *Antropología del cuerpo y la modernidad*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Lemebel, Pedro

2001 *Tengo miedo torero*, Barcelona, Anagrama.

List Reyes, Mauricio

2000 *Jóvenes corazones gay. Género, identidad y socialidad en hombres gay de la ciudad de México*, tesis de Maestría en Antropología Social, México, ENAH-INAH.

Lizarraga, Xabier

1980 "Hetero/homosexualidad. Una modificación de la tabla de Kinsey", en *Cuicuilco. Revista de la Escuela Nacional de Antropología e Historia*, año 1, núm. 1, México, julio.

Malinowski, Bronislaw

1974 *La vida sexual de los salvajes; Sexo y represión en la sociedad primitiva*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Mead, Margaret

1979 *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*, Barcelona, Laia.

1981 *Sexo y temperamento en las sociedades primitivas*, Barcelona, Laia.

Muñiz, Elsa

2001 *Cuerpo, representación y poder. México en los albores de la reconstrucción nacional*, México, UAM-Iztapalapa/Miguel Ángel Porrúa.

Núñez Noriega, Guillermo

1994 *Sexo entre varones. Poder y resistencia en el campo sexual*, México, Universidad de Sonora-El Colegio de Sonora.

Rabotnikof, Nora

1998 "Privado/público", en *Debate feminista*, año 9, vol. 18, México.

Rubin, Gayle

1996 "El tráfico de mujeres: notas sobre la 'economía política' del sexo", en *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, México, Miguel Ángel Porrúa-Programa Universitario de Estudios de Género/UNAM.

Sennett, Richard

1997 *Carne y Piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*, Madrid, Alianza.

Valery, Paul

1991 "Reflexiones simples sobre el cuerpo", en Feher, Michel (ed.), *Fragmentos para una historia del cuerpo humano*, Madrid, Taurus.

Von Krafft-Ebing, Richard

2000 (1886) *Psychopatia sexualis. 69 historias de casos*, Valencia, La Máscara.

Weeks, Jeffrey

1993 *El malestar de la sexualidad. Significados, mitos y sexualidades modernas*, Madrid, Talasa.

1998 *Sexualidad*, México, Paidós-Programa Universitario de Estudios de Género, UNAM.

White, Edmund

1996 *La historia particular de un muchacho*, Barcelona, Destino.

Wilde, Oscar

1984 *Teleny*, Barcelona, Libros y publicaciones periódicas, colección La Sonrisa vertical.

Zapata, Luis

1989 *Melodrama. De pétalos perennes*, México, Posada.